**No te compares**

En un pequeño pueblo rodeado de montañas y ríos cristalinos vivía un niño llamado Leo. Desde muy pequeño, Leo se sentía diferente a los demás. No era el más alto ni el más fuerte, y muchas veces escuchaba a otros decir que debía ser más como su hermano mayor, quien era rápido, inteligente y popular.

Un día, mientras caminaba por el bosque, Leo encontró a una anciana sentada bajo un árbol. Su cabello era blanco como la nieve y sus ojos reflejaban una profunda sabiduría.

—¿Por qué luces tan preocupado, pequeño? —preguntó la anciana con voz amable.

—Siempre me comparan con mi hermano —respondió Leo, bajando la mirada—. Dicen que debería ser como él, pero yo no soy así.

La anciana sonrió y tomó una hoja caída del suelo.

—Mira esta hoja. ¿Crees que es menos importante que las otras porque tiene una forma distinta?

Leo negó con la cabeza.

—Cada hoja es única, al igual que cada persona —continuó la anciana—. No nacimos para ser iguales, sino para ser nosotros mismos. Si todos fuéramos idénticos, el mundo sería muy aburrido.

Leo sintió que algo dentro de él se iluminaba. Comprendió que no necesitaba parecerse a nadie más para valer. Desde ese día, dejó de compararse con su hermano y comenzó a valorar sus propias cualidades.

Cuando regresó al pueblo, sus amigos notaron algo diferente en él. Ya no intentaba encajar a la fuerza ni se preocupaba por lo que otros dijeran. En cambio, se sentía feliz con quien era.

Así, con el tiempo, Leo descubrió que la verdadera felicidad no estaba en ser como los demás, sino en aceptar su propia esencia.

Y desde entonces, cada vez que veía caer una hoja del árbol, recordaba la lección más valiosa de su vida: ser diferente es lo que nos hace especiales.

**S. Vex.**